

—¡Amarle! No, madre mia: ¿cómo podría yo amar al hombre que ha arrastrado á mi bienhechor al detestable vicio del juego, arrebatándole la tranquilidad en que vivía?

—Tienes razon: él ha venido á emponzoñar nuestra vida; á llenarnos de temores y de inquietudes; sí, de temores y de inquietudes; porque el juego es una sirena de irresistible encanto que nos atrae brindándonos con los tesoros ajenos para absorberse los nuestros, la paz del alma, y muchas veces hasta nuestro honor.

—¡Es mucha verdad!

—Mi hermano que no se separaba de nuestro lado, ahora dedica su ternura y su pensamiento al azar de una carta, y pasa el dia, y gran parte de la noche, en casa de ese hombre, junto á una mesa en que se aventura la fortuna de mil familias que pasarán, de un golpe, del mas alto grado de opulencia, á la miseria mas espantosa.

—Por fortuna D. Emilio es prudente, y estoy segura de que no comprometerá las riquezas que le proporcionan á vd. todas

las comodidades de la vida, al capricho de la inconstante fortuna.

—La prudencia cesa desde el instante en que el hombre se aparta un ápice de la senda trazada por la virtud: el camino del vicio es pendiente y resbaladizo, y puesto en su orilla una vez el pié, la planta resbala insensiblemente: el humo de las pasiones nos venda los ojos, embarga nuestros sentidos, halaga nuestra alma, y alucinada la razon con los deslumbrantes y fáciles placeres con que se le brinda, pierde la facultad de dirijirnos, y nos precipita en la profunda sima del mal, donde nos espera un pronto desengaño y un arrepentimiento tardío.

—En mala hora salió de los Estados-Unidos ese hombre y puso los piés en nuestra patria. ¡Eramos tan felices antes de conocerle!

Y la huérfana volvió á perder la alegría y la esperanza á que poco antes se habia entregado alentada por las palabras de su protectora.

—No te aflijas, hija mia: — dijo Inés

acariciando á la sensible huérfana—el mal, por fortuna, tiene remedio todavía.

—¿Lo cree vd. así?

—Sí, Clotilde: mi hermano, como tú has dicho hace un instante, es hombre de recto juicio: en su corazón aun no puede estar arraigada la funesta pasión al juego, puesto que él siempre, hasta la llegada del señor Duval, ha detestado ese aborrecible vicio. Pues bien, yo le hablaré; le haré saber la inquietud en que vivimos por su cambio de conducta: lo peligroso que es admitir la amistad de un hombre cuyos antecedentes no conocemos, y cuya casa sirve de centro de reunión á las personas que arriesgan sus intereses á la fragilidad de una baraja.

—Sí, madre mía.

—Y le diré también que no comprometa la menor palabra con respecto á tí, sin consultar antes con los sagrados deberes que, al recibirte por hija, se impuso de labrar tu felicidad, y sobre todo, sin contar con tu corazón.

—¡Ah! Usted es un ángel que la Provi-

dencia se ha dignado enviarme para que embalsamara mi existencia.

—No, no soy un ángel; no soy más que una pobre mujer que comprende el tierno corazón que abriga nuestro desgraciado sexo.

—¡Ah....! si los hombres lo comprendieran como vd., madre mía...!

—¡Los hombres!... Los hombres jamás harán justicia á nuestro sexo: ¿se han tomado por ventura alguna vez la molestia de estudiar el tierno corazón de la mujer para comprender los exquisitos grados de sensibilidad, de amor y de pureza que atesora? Para ellos nosotras no debemos tener voluntad propia: nuestra alma debe estar dispuesta á amar al primero á quien nos manden que amemos, y á arrojar del fondo de ella al sér que la haya hecho latir tiernamente de amor. Incapaces de sentir como nosotras sentimos, no titubean en medir las afecciones íntimas, puras y desinteresadas que abriga nuestro sensitivo pecho, por los pronunciados quilates de su ambición y de su egoismo, y tratando de subor-

dinar nuestra voluntad á la mezquina pauta de sus bastardos intereses, nos niegan el derecho de deliberar y de elegir, de pensar y de querer, y hasta el afecto natural del sentimiento amoroso concedido á todos los séres de la creacion. Acostumbrados desde la niñez á dominarnos por la fuerza física con que les dotó la naturaleza, traducen nuestra humildad por hipocresía, nuestro recato, de apocamiento, de insensibilidad nuestra modestia, y de indiferencia nuestra moderacion, y empezando por no comprendernos, acaban por ultrajarnos y oprimirnos.

—Y por eso alejan la confianza de nosotras; por eso, aunque reviente el corazon de pena, ocultamos el dolor á sus ojos, porque tememos que no sea comprendido; que en vez de conmoverles nuestras lágrimas, les cansen y les molesten. Hé aquí por qué no he sido franca con mi protector: hé aquí por qué al hablarme del señor Duval y proponerme su mano, he enmudecido, he llamado la pena que me prensaba el pecho, y me he resignado á ser sacrificada sin abrir mis labios para exhalar una queja.

Y tenian razon aquellos dos séres para quejarse de la injusticia de los hombres.

El corazon de la mujer, ese tesoro inagotable de benevolencia y caridad, en cuyo fondo colocó Dios con sublime inteligencia todos los gérmenes de virtud, todas las celestes sensaciones que subliman á la criatura humana; que la embellecen, que la constituyen en un ángel de amor, de piedad y de consuelo: ese corazon, manantial de donde parten todas las venturas, todos los consuelos, todas las esperanzas; tierno como el de una madre; casto como la sensitiva que cierra su corola al contacto de la palma del hombre para que no manchen su pureza; cándida como el alma del niño que sonríe en la cuna; puro como el tibio rayo de la plateada luna al resbalar sus nítidos rayos sobre el leño de la cruz, y religioso como la oracion que elevan al Eterno las púdicas esposas del Señor; ese corazon siempre dispuesto al bien, á la caridad, á la compasion y á la ternura; ese corazon no lo comprende el hombre, porque para comprenderlo, mas que el estudio profundo de

las ciencias á que asídnamente se dedica, se necesita un corazon que sepa sentir, que no se haya endurecido en la ambiciosa escuela de la intrigante política, y que no haya saciado los placeres en el turbulento océano de los ilícitos deleites en que se embotan los delicados sentimientos del alma.

La mujer, ángel de hechiceras formas donde residen en perfecta consonancia y armonía las bellezas físicas y los afectos morales, donde se hallan combinados sábiamente el talento y la modestia, el recato y la afabilidad, el amor y la honestidad; ese benévolo sér enviado al mundo para endulzar el amargo destierro de los descendientes de Adán, enjugar sus lágrimas, consolar sus penas y cicatrizar las heridas que abren en el corazon las vicisitudes y las desgracias, solo ha encontrado en el árido sendero de la vida, la injusticia, la ingratitud, la murmuracion y la crueldad de parte de esos mismos hombres á quienes ha colmado de venturas.

Nadie en el mundo mas injustamente calumniado como esa dulce mitad del género

humano, y nadie tampoco, por lo mismo, mas digno de nuestras consideraciones como la mujer.

Inocente y pura á la vez que sensible y débil, es semejante á un límpido arroyo que vivifica las plantas todas de un risueño jardin: riente y apacible siempre, toma la direccion que el hábil jardinero quiere darle, porque no tiene mas voluntad que la de obedecer; pero si el jardinero sin respeto y sin piedad á tanto amor, penetra en él y pisotea el fondo, el agüa se enturbia, pierde la marcha dulce que llevaba, y por mucho tiempo muestra en sus linfas la señal constante de la crueldad con que fué tratado.

Sé cariñoso con la mujer, y tu amor será correspondido, porque la mujer no tiene mas voluntad que la del hombre á quien una vez entregó su corazon; pero no la hieras por piedad, porque entonces enturbiarás el contento de su alma, y la condenarás á padecer y á que lleve por mucho tiempo impreso sobre su frente el dolor y la tristeza que le causara tu insultante ingratitud. Si no la encuentras despues com-

placiente y risueña como en el instante de haberla conocido, culpate á tí solo que turbaste su alegría, como el jardinero que en turbó el límpido cristal del arroyuelo.

Decís que la mujer es una flor hermosa que brinda sus perfumes á todo el que á ella se aproxima.

Yo no puedo participar de esa opinion.

Es, sí, una flor; pero es la flor del narciso que dice, soy vuestro esclavo, pero me habeis de amar á mí solo; es la pasionaria azul que indica creencia religiosa; es la rosa silvestre que expresa sencillez y ternura.

Estas son mis creencias, mis convicciones con respecto á la dulce compañera que el Eterno envió al mundo para embalsamar la amarga existencia del hombre.

Ahora sigamos el hilo de nuestra historia.

Inés y Clotilde permanecian mirándose tiernamente y estrechándose la mano, reproduciendo en su expresiva actitud, la grata alegoría de la Fidelidad á quien repre-

sentaban los antiguos por dos mujeres que sencillamente se están dando la mano.

—¿Estás ya tranquila, hija mia?

Dijo la primera sonriendo con maternal agrado.

—Si señora: me tenia triste el proyecto desagradable de ese enlace; pero sus palabras de vd. han hecho renacer la confianza en mi pecho.

—Pero, ¿me responderás á la pregunta que voy á hacerte, con la franqueza con que se responde á una amiga?

—¿Puede vd. dudarle, madre mia?

—¿Sin reserva?

—Sin reserva.

—Pues bien, dime: ¿tu tristeza reconocia por único origen el temor de pertenecer al señor Duval, ó se agregaba á ese temor el sentimiento inspirado por otra persona á quien te verias precisada á cerrarle las puertas de tu corazon?

El apacible semblante de Clotilde se tiñó con las suaves tintas del vergonzoso pudor, y reclinó su linda cabeza sobre el seno de su bienhechora para ocultar el encendi-

do carmin de sus mejillas, como oculta el frondoso cerezo entre las amantes ramas que le adornan, su purpúreo fruto.

—Lo he adivinado:—continuó la hermosa Inés leyendo en la marcada mutacion que se operó en el semblante de su protegida la confesion de su oculto amor.—Tu pecho está ya ocupado por la grata imágen de un sér que ha cautivado tu voluntad: ¿no es así, hija mia?

—Señora....

Contestó sin alzar los ojos la jóven.

—¿Para qué callarlo? ¿No me has prometido ser franca?

—Es cierto.

—¿O crees que no he sido yo tambien jóven como tú lo eres? Sí, querida Clotilde; antes de que el severo tiempo dejara impresa en mi rostro la profunda huella de su constante curso, mi rostro habian acariciado las frescas brisas de la risueña juventud: antes que mi corazon sintiese el hielo de la reflexion, habia latido violentamente abrasado con el fuego del verdadero amor; la gra-

ta esperanza, las dulces ilusiones y el risueño porvenir volaban en torno mio agitando sus doradas alas, cual vagan lucientes mariposas en torno de la fragante rosa del ameno pensil. Mas ¡ay! las horas del placer y de las soñadas venturas mueven inquietas sus pintadas alas y pasan veloces con la rapidez de una exhalacion celeste: las del pesar y del dolor se ciernen lentamente sobre nuestras cabezas y marchan con pesada lentitud, señalando en su curso perezoso los dulces recuerdos del pasado y las punzantes amarguras del presente.

—¿Conque vd. tampoco, madre mia, se ha sustraído al poderoso influjo del amor.

—¿Y quién es el sér que no ha pagado tributo á su universal imperio?—dijo Inés con aire melancólico y como recordando con grato sentimiento una época mas feliz de su vida.—¿Podia ser mi corazon mas insensible que el de las selváticas fieras y que la dureza de las mismas rocas? El casto amor, el amor que brota en un alma virgen y sin mancilla, no es un sentimiento vulgar y vergonzoso; es, sí, un afecto delicado y

tierno que ennoblece á la criatura y que Dios ha infundido en nuestra alma para sublimarla y enaltecerla. Pero nada hay inmutable bajo la bóveda del cielo: todo está sujeto á continuos cambios y mutaciones: todo subordinado á la inestabilidad de la mudable rueda de la caprichosa fortuna y á la inexorable severidad del tiempo. Así como las aguas de un torrente se desprenden con estrepitoso ímpetu de su espumoso seno, y á medida que descienden por apartadas sendas van perdiendo insensiblemente su violenta fuerza, y ya lejos del punto de partida marchan dulces y serenas hasta quedar dormidas en el seno de un tranquilo lago, así en los floridos años de la juventud brota del corazon el amor impetuoso, ardiente, irresistible, modera su ímpetu al entrar en la reflexiva senda de la edad viril, dulcificase al pasar los lindes de ella, y duerme tranquilo al penetrar en el frio desierto de la ancianidad.

—¿Con qué gusto le escucho á vd., madre mia!

—Ese es el curso natural señalado por

Dios á la humana criatura que recorre todos los grados de la existencia: esa la senda trazada por su dedo divino á todos los mortales, y de la cual solo consigue separarse aquel á quien ha negado uno de sus mas preciosos dones, el de la sensibilidad.

—¿Y cuándo es uno mas feliz, madre mia, en los distintos grados de pasion que el tiempo imprime en el alma?

—Cuando está mas tranquila la conciencia. La Providencia, en su alta sabiduría, ha sabido dar á cada edad sus exigencias y sus goces, sin que ninguna envidie las prerogativas de la otra. ¿Cambiarías tú por todos los tesoros de la tierra la dulce esperanza de unirte algun dia al hombre que ha hecho latir tu corazon de amor?

—Jamás.

—Pero á pesar de tu solemne promesa, todavía no me has dicho su nombre. ¿No me crees digna de esa confianza?

—Sí, madre mia.

—¿O temes que yo denuncie á alguno tu secreto?

—No soy capaz de ofenderla á vd. con esa suposicion.

—¿Entonces á qué es tú reserva? ¿Lo crees acaso indigno de tu amor?

—El hombre que amo, señora—exclamó con entusiasmo y dignidad la jóven—es merecedor de la pobre expósita, cuyo corazon habeis formado con vuestro ejemplo y con vuestras virtudes.

—Lo creo así, hija mia:—exclamó Inés estrechando con cariño entre sus brazos á la hermosa Clotilde.—¿Pero cuál es su nombre?

La jóven inclinó la cabeza para ocultar su rubor, y contestó:

—Leopoldo.

—¿Leopoldo Cabrera?

—El mismo.

—¿El distinguido pintor, cuyos cuadros han llamado la atencion tanto de nacionales como de extrangeros?

—Sí señora.

—¿Y sospecha algo mi hermano?

—Todo lo ignora.

—Pues es preciso que no llegue á descubrir tu secreto.

—¿Por qué?

Preguntó aterrada la jóven.

—Te lo explicaré mas tarde: veo salir del pomar y acercarse al parterre al señor Duval, y pudiera oirnos.

—¿Duval! ¡siempre ese hombre!

—Silencio: vamos hácia adentro que es ya la hora del almuerzo.

Y la bella protectora se levantó de su asiento.

—Una palabra nada mas.

Dijo afligida la jóven.

—¿Cuál?

—¿Juzga vd. digno de mi amor al hombre que ha hecho latir mi corazon?

—Sí, hija mia.

—¿Debo seguirle amando?

—Yo te lo permito.

Clotilde estrechó la mano de su bienhechora con la efusion de una alma agradecida, y se preparó á seguirla.

No bien acababan de poner la planta fuera del delicioso parterre, cuando vieron sa-



lir del espeso pomar de delicadas frutas al señor Duval, que venia al encuentro de ellas.

—Acaba de llegar el ómnibus de México con varias familias, y jóvenes de festivo humor.

Exclamó acercándose.

—Así estará animado el baile de esta noche y el paseo del Cabrío mañana.

Contestó Inés.

—Y no lo estará menos mi partida de juego

—¿Y sabe vd. quiénes son los jóvenes aptos para el baile que vienen á favorecernos?

—El señor Miranda, Landero, Zurita, Rodríguez y otros muchos, á quienes no conozco.

Clotilde quedó desconsolada; Inés que leía lo que pasaba en su corazón, preguntó.

—¿Y solo á esos conoce vd. de los que han llegado?

—No; hay otros dos, cuyos nombres se me habian olvidado.

—¿Y quiénes son?

—Uno de ellos, Mendiola: el otro lleva

un apellido de tristes recuerdos para vd. y su hermano.

—¿Cuál?

—Leopoldo Cabrera.

La joven se estremeció de placer al escuchar este nombre, y se puso pálida como la muerte: Inés advirtió aquella emocion y le dirigió una mirada de ternura y de confianza.

Duval, que no estaba en el secreto de la mujer que amaba, les ofreció contento el brazo para acompañarlas á la casa.

Inés aceptó en el acto, y Clotilde hizo lo mismo despues de haber cortado una siempreviva, que colocó en el pecho.